

EN MEMORIA DE LEONCIO AFONSO PÉREZ,

viejo profesor y joven amigo

OSWALDO IZQUIERDO DORTA

Alto fue su nacimiento, en la más elevada de las Breñas. Luego le vieron callejear por la señorial capital palmera e iniciarse en las fuentes de Santa Catalina. De ahí, el salto que hacían de regreso los conquistadores de Las Indias: de Canarias a Sevilla. Era imprevisible, porque focalizaba desde una perspectiva distinta, y porque su conquista también sería distinta, a la inversa: para dar, no para quitar; para conocer, no para avasallar; para iluminar, no para apagar.

Y allí, en la universidad, del que fuera primer puerto comercial de Europa, ampliar las ventanas de la mente y sentir la nostalgia del horizonte sin fin de las orillas del poniente de La Palma.

Se acercó a la Historia haciendo historia: pasó tangencialmente, sin cicatrices, junto a una destructiva furia fratricida. Regresó a su origen y empezó a conocer de cerca y, por tanto, a amar su tierra, esa piel atormentada por volcanes y agrietada por barrancos, y, como el legendario Caupolicán de Rubén Darío, pero cargado de curiosidad,

Anduvo, anduvo, anduvo.

Le vio la luz del día,

le vio la tarde pálida,

le vio la noche fría.

Transitó todas las islas, una a una, a pie, palmo a palmo, lomo a lomo, cumbre a cumbre, roque a roque, cañada a cañada, vereda a vereda... Escaló, descendió, penetró por las venas oscuras y húmedas del basalto, y volvió a la luz.

Descifró topónimos. Señaló vetas, fajas, degolladas... Encontró lumbré en Timanfaya para su puro palmero. Caminó de Jandía a Corralejo, de Arguineguín a Tamadaba, de Tamaduste a El Lajial, desde Anaga hasta El Chinyero. Se paró en Inchereda para ver pasar el silbo por navegando sin fronteras. Desde El Llano de los Jables, contempló el altivo Taburiente y el luminoso Aridane.

Se quedó en la ciudad Adelantada de la Cultura, amante bipolar, que sigue tan mojada como la dejó Unamuno, pero con menos curas y más paraguas. Y desde ella rememoró a nuestro Pedro García Cabrera: